
¿Vocación o don? El arte de enseñar

Angélica Noemí Hernández Juárez

Maestra en Educación. Docente de la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas del Río” en el Estado de México. angie.hernandez.juarez@gmail.com

En la vida hay muchas profesiones; cada una tiene un propósito distinto y una finalidad específica en el mundo. Por tal motivo, cada persona elige un camino con el cual aportará su granito de arena a la sociedad, en diferentes áreas como la medicina, administrar una empresa o construir un edificio. En el caso de la docencia, se requiere de un ingrediente especial: la vocación, que será fundamental para realizar una labor de enseñanza que trascenderá de las aulas.

Cuando se escucha la palabra vocación, generalmente se hace referencia al gusto o habilidad por realizar algo en específico; sin embargo, desde mi perspectiva, involucra mucho más: es sentir pasión por algo y sentirte elegido para realizarlo, como una especie de don que se ve reflejado en cualquiera que sea la actividad a la que una persona se dedica. Hablando de la docencia, pienso que, aunque se tenga la preparación académica para desempeñarse como profesores, hay personas que nacieron para ello y que tienen habilidades especiales que los convierten en docentes que dejan huella.

Como estudiante he tenido un sinnúmero de profesores con los cuales estoy agradecida por contribuir a mi formación profesional y académica; sin embargo, hay algunos en especial, de los cuales aprendí mucho más que cuestiones curriculares y que causaron un impacto en mí, no solo como alumna, sino como la docente que algún día quería ser.

Toda mi vida quise ser maestra, nunca tuve interés por otra carrera; este siempre fue mi sueño. A partir de eso construí una admiración especial para cada uno de los profesores que tuve desde el preescolar hasta el posgrado; sin embargo, en esta ocasión me permitiré hablar de algunos en específico y a quienes recuerdo con mucho cariño.

El orden en que los mencionaré será de acuerdo a la temporalidad en que tuve el privilegio de ser su alumna y comenzaré con mi etapa como

estudiante de preparatoria. Tenía la materia de sociología y al revisar el programa, no me parecía atractiva ni interesante, porque de cierto modo estaba relacionada con la historia y nunca me ha gustado. Sin embargo, quien impartía esas lecciones era la maestra Sonia. Recuerdo que explicaba las clases con una facilidad impresionante y comenzaba a realizar en el pizarrón diagramas, mapas mentales, cuadros sinópticos, etcétera. Al mismo tiempo que daba la clase, lo que permitía que se entendiera de una manera muy práctica. No todas las clases eran iguales; a veces era solo una explicación verbal y se hablaba de diversos temas que mágicamente terminaban aterrizando en un contenido. Siempre la he considerado una maestra muy preparada y muy dinámica; si un día trabajo con jóvenes, espero poder ser un poquito como ella. Gracias, maestra Sonia.

En un segundo momento, hablaré de uno de mis maestros en la Escuela Normal: el profesor Demetrio, que aunque al inicio lo consideraba muy exigente sobre sus peticiones, con el paso del tiempo le reconocí cada una de sus enseñanzas. Una de las materias que me impartió era relacionada con el área de prácticas profesionales y creo que fue de los pocos maestros que te daban clases necesarias y aplicables a la realidad, como consejos sobre cómo hablar con los padres y madres de familia, tu dinamismo frente a grupo, las estrategias que aplicas con los estudiantes y demás, enseñanzas, por cierto, que llevo a la práctica hasta el día de hoy.

Otro de los cursos que me impartió era relacionado con la gestión educativa y desde ese momento, es un tema que me ha llamado la atención, pues con mucho cariño nos hablaba de la escuela en la que inició su labor docente, la cual al mismo tiempo se fundó. Sorprendentemente, años después, cuando ingresé al servicio, la escuela a la que llegué a trabajar era la misma en la que el maestro Demetrio había sido partícipe: la Escuela Primaria Lázaro Cárdenas del Río. En ese momento sentí una emoción muy bonita porque las coincidencias de la vida me llevaron al mismo lugar en el que había comenzado uno de mis maestros favoritos. Maestro Deme, gracias.

Finalmente, hablaré de mi experiencia como estudiante de maestría, la cual estuvo llena de cambios que me llevaron hasta coincidir con la Dra. Gabriela, a quien me refiero en este último apartado.

Cuando ingresé al posgrado, todos los docentes se presentaron y comentaron su experiencia; yo quedé admirada con la trayectoria de la Dra. Gaby, por lo que fue mi primera opción como asesora de tesis. Por algún motivo se me asignó a otro docente, quien dos meses después se jubiló y hubo necesidad de reasignarme a otro asesor. A partir de esto, nuevamente propuse a la maestra y, por fortuna, esta vez sí me fue asignada; sin embargo, mi proceso de adaptación fue complejo porque tuvimos que iniciar de nuevo con mi trabajo de investigación. Estaba pasando un momento personal complicado y, pese a que mi concentración no era la óptima, la maestra, con toda la paciencia del mundo, me acompañó en cada momento del proceso, regresándose a explicarme una y otra vez. Poco a poco mi trabajo ha ido fluyendo y espero concluirlo pronto; sin embargo, he agradecido mucho a la vida el haber coincidido con una persona llena de calidez, empatía y sabiduría, como lo es la Dra. Gaby. Infinitas gracias.

Siempre he creído que, por algún motivo, la vida pone en tu camino a diferentes personas y yo me considero afortunada de haber coincidido con cada uno de mis maestros. Llevo conmigo un pedacito de cada uno de ellos y son parte de mi construcción, no solo como maestra, sino también como persona.

Actualmente me encuentro frente a grupo y una de mis metas es dejar recuerdos bonitos en la memoria de quienes sean mis estudiantes, porque como lo dice la frase: “El verdadero maestro no enseña, inspira”.